

# Una nueva filosofía de la praxis.

Castagnola y Gustavo.

Cita:

Castagnola y Gustavo (2014). *Una nueva filosofía de la praxis. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-099/51>

## Una nueva filosofía de la praxis

### Repensando la tradición y el proyecto socialista: hegemonía y posmarxismo en la obra de Ernesto Laclau

Gustavo Castagnola (Untref)

#### Introducción

Al principio examinando fenómenos y conceptos que el marxismo tenía dificultades para analizar, luego con Chantal Mouffe y, posteriormente, en una empresa individual (aunque sin perder contacto con ella y con otros esfuerzos de intelectuales que apuntaron en la misma dirección), Ernesto Laclau ha buscado repensar teóricamente el proyecto socialista. Este autor ha indicado repetidas veces las razones que hacían necesaria esta empresa:

“La realidad histórica a partir de la cual el proyecto socialista es hoy reformulado es muy diferente de aquella de hace tan sólo unas pocas décadas, y sólo cumpliremos con nuestras obligaciones de socialistas y de intelectuales si somos plenamente conscientes de esos cambios y persistimos en el esfuerzo de extraer todas sus consecuencias al nivel de la teoría” (Laclau, 1990: 111).

Para Laclau, reexaminar al socialismo exigió dar dos pasos. En primer lugar, identificar y reconocer en toda su novedad y complejidad el conjunto de transformaciones que ha venido experimentando el mundo en las últimas décadas. En segundo lugar, y a partir de aquella identificación y reconocimiento, examinar el pasado teórico marxista (que es el lugar donde reside el pasado del propio Laclau) e interrogarlo críticamente para detectar en él cesuras y continuidades desde donde seguir constituyendo la tradición socialista. Respecto del primer paso, este autor enumera y recorta como particularmente significativas tres órdenes de circunstancias: en primer lugar, la paulatina declinación de la clase obrera “clásica” en el marco del capitalismo posindustrial; en segundo término, la aparición de nuevas formas de protesta social (generadas por los efectos traumáticos que ha provocado la profundización de la penetración de las relaciones sociales capitalistas en nuevas áreas de la vida de las sociedades); por último (y este fenómeno ha resultado particularmente relevante en el marco de una tradición como la socialista), el establecimiento de nuevas formas de dominación “en nombre de la dictadura del

proletariado” en los países del llamado “socialismo realmente existente” que terminarían contribuyendo a gestar su desprestigio, primero, y su colapso, después.

En relación al segundo paso, Ernesto Laclau ha llevado adelante su proyecto intelectual en dos tiempos sucesivos. Inicialmente, ha procedido a examinar críticamente la serie de transformaciones que ha recibido el concepto de hegemonía. Posteriormente, ha redefinido este mismo concepto para elaborar una nueva teoría de la hegemonía y, desde ella, una del populismo. En este texto examinemos brevemente el derrotero seguido por Laclau en su análisis crítico del término hegemonía, la conclusión general a la que ha llegado a este respecto y, finalmente, haremos una rápida presentación de su teoría de la hegemonía y del tipo de implicancias teórico-políticas que de ella se derivan.

### **Más allá de la necesidad histórica: la contingencia y la emergencia del concepto de hegemonía en el marxismo**

En los dos primeros capítulos de *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau (junto a Mouffe) realiza una genealogía del concepto de hegemonía. En este texto se indica que esta noción no nace con una positividad plena. Por el contrario, ella se inserta en la tradición marxista en el marco de un esfuerzo por pensar la emergencia de la contingencia: esto es, “un hiato que se había abierto en la cadena de la necesidad histórica.”(Laclau & Mouffe, 1987: 3). De este examen se extraen los siguientes cinco corolarios. El primero: el marxismo clásico apoyó su estrategia en la convicción de que la clase obrera adquiriría una creciente centralidad política que sería resultante del proceso de homogeneización y pauperización generado por las leyes de la infraestructura del capitalismo. El segundo: ya hacia finales del siglo XIX existió evidencia de que la convicción señalada en el corolario anterior era falsa; aparece aquí, precisamente, la contingencia: la evolución del desarrollo capitalista iba en la dirección de una creciente fragmentación de los sectores explotados (fragmentación que penetraba hasta en el interior de la misma clase obrera). Esta circunstancia obligó al marxismo de la Segunda Internacional a hallar respuestas teóricas que permitieran *integrar, siquiera parcialmente, el nuevo escenario que ofrecía el capitalismo (la contingencia) con el marco teórico (necesario) propuesto por el marxismo clásico*. Estas respuestas fueron tres: la ortodoxia observó que este escenario (que contradecía las predicciones marxistas originarias) era transitorio y, en consecuencia, la dirección que tomaría el desarrollo

capitalista sería finalmente aquel que el marxismo había postulado; la segunda respuesta fue la revisionista: que afirmó que las tendencias efectivamente observables en el capitalismo eran permanentes y que la socialdemocracia debía dejar de ser un partido revolucionario y pasar a ser uno reformista; finalmente, la tercera respuesta fue la del sindicalismo revolucionario: que compartió la lectura revisionista respecto de la evolución del desarrollo capitalista, pero que buscó reafirmar la postura revolucionaria de la clase obrera aglutinándola en torno a un mito: el de la huelga general. El tercer corolario: en el contexto de este nuevo y más complejo universo (el llamado por Trotsky “desarrollo desigual y combinado” del capitalismo), los teóricos y políticos socialistas (comenzando por la socialdemocracia rusa) empezaron a pensar en la necesidad de que la clase obrera (o el partido que era su portavoz) asumiera tareas que no le eran específicas; aquí se introduce por vez primera el término “hegemonía”: concretamente, para señalar que, en un país relativamente atrasado como Rusia, la clase obrera debía *hegemonizar* las tareas democrático-burguesas (tareas que, en principio, le estaban asignadas a la burguesía –sin embargo débil e ineficaz en el régimen zarista-). El cuarto colofón: desde la idea de Lenin de “alianza de clases” hasta la de dirección “intelectual y moral” de Antonio Gramsci, el concepto de hegemonía va expandiendo su campo de acción. El quinto: dentro del pensamiento marxista hay un movimiento desde las formulaciones esencialistas extremas (que no pueden pensar la contingencia) hasta la concepción gramsciana de las prácticas sociales como hegemónicas en las que aquel esencialismo empieza a desintegrarse y nuevas lógicas y argumentos políticos vienen a ocupar su lugar.

Así, el concepto de hegemonía que, y de modo creciente, viene a ser empleado para pensar la contingencia *sin eliminar el universo de necesidad postulado por el marxismo* no puede coexistir con éste. Porque:

“detrás del concepto de “hegemonía” se esconde algo más que un tipo de relación política *complementario* de las categorías básicas de la teoría marxista; con él se introduce, en efecto, una *lógica de lo social* que es incompatible con estas últimas.” (Laclau & Mouffe, 1987: 3; subrayado en el original)

**Construyendo el posmarxismo: Gramsci, Althusser y una nueva teoría de la hegemonía.**

De modo que Laclau elaborará un nuevo concepto de hegemonía posmarxista. Esto es que, y por un lado, recupere y explore críticamente ciertos conceptos contenidos en la tradición marxista; y, por otro lado, promueva una reelaboración y radicalización de esos mismos conceptos que los emancipe de sus dificultades para analizar la política tal y como se ha venido desarrollando en las últimas décadas. En palabras de Laclau (y Mouffe):

“[...] es la expansión y determinación de la lógica social implícita en el concepto de “hegemonía” –en una dirección que va, ciertamente, mucho más allá de Gramsci- la que nos provee de un anclaje a partir del cual las luchas sociales contemporáneas son *pensables* en su especificidad, a la vez que nos permite bosquejar una nueva política para la izquierda, fundada en el proyecto de una radicalización de la democracia” (Laclau & Mouffe, 1987: 3; subrayado en el original)

Como ya fuera indicado, Laclau encuentra sobre todo en la obra teórica de Antonio Gramsci (aunque, como veremos, no sólo de él) elementos para construir un nuevo concepto de hegemonía. El político y teórico italiano indicó que “la hegemonía es el gobierno mediante el consenso permanentemente organizado” y, más precisamente, observó que “en política, la guerra de posición es hegemonía.” (Gramsci, 1998: 134) Con esta expresión, Gramsci quería indicar que, en las sociedades capitalistas avanzadas, los grupos interesados en la revolución debían, para ganar su apoyo, hegemonizar las “superestructuras de la sociedad civil que son como el sistema de trincheras de la guerra moderna.” (Gramsci, 1998: 94). Ahora bien, siguiendo a Laclau, el concepto de “guerra de posición” gramsciano (tanto como el de, por ejemplo, “bloque histórico”) “introduce una complejidad radical y profunda en la teorización de lo social” (1987: 101). Sin embargo, y como ha indicado Perry Anderson:

“Gramsci nunca abandonó los principios fundamentales del marxismo clásico sobre la necesidad final de una toma violenta del poder del estado, pero al mismo tiempo su fórmula estratégica para Occidente [se refiere al sendero político que debía seguir un partido revolucionario en Europa Occidental] no logra integrarlos. La mera contraposición entre “guerra de posición” y “guerra de maniobra” se convierte al final,

en cualquier estrategia marxista, en una oposición entre aventurerismo y reformismo.” (Anderson, 1981: 111; comillas en el original)

Así, y pese a su novedad y profundidad, el pensamiento gramsciano no consigue disolver por completo varios de los supuestos básicos de la teoría marxista. Y esto es así en, al menos, cuatro instancias. En primer lugar, sigue considerando a la sociedad (o, si empleamos la terminología marxista, a la “formación social”) como una totalidad estable; en segundo lugar, *supone* a ésta atravesada por desniveles, por fracturas, por fronteras (que serían la condición de posibilidad del ejercicio de la “guerra de posición” en que la hegemonía consiste); en tercer lugar, hace residir los centros o polos hegemónicos en las dos “clases fundamentales” del capitalismo (la burguesía y la clase obrera); por último, estas clases reciben su identidad *última* del lugar que ocupan en la esfera de la producción.

Para radicalizar el concepto de hegemonía de Gramsci, Laclau (junto a Chantal Mouffe) emplea (llevándolo hasta sus últimas consecuencias teóricas) otro concepto utilizado por un teórico marxista: es el de “sobredeterminación” de Louis Althusser (quien, a su vez, lo ha tomado de la lingüística y del psicoanálisis). En la acepción empleada por este autor (y retomada por Laclau), la sobredeterminación hace referencia al hecho de que, por ejemplo, una consigna (en el caso que nos interesa a nosotros una de tipo político) jamás es el signo unívoco de un contenido particular; por el contrario, y a través de constantes deslizamientos y superposiciones de sentido, aparece vinculada a toda una serie de cadenas asociativas que le permiten poseer las significaciones más diversas (pensemos, por ejemplo, en el “Perón Vuelve”, empleado durante los años de proscripción del peronismo y exilio de su líder). De este modo:

“El concepto de sobredeterminación se constituye en el campo de lo simbólico, y carece de toda significación al margen del mismo. Por consiguiente, el sentido *potencial* más profundo que tiene la afirmación althusseriana de que no hay nada en lo social que no esté sobredeterminado, es la aserción de que lo social se constituye como orden simbólico. El carácter simbólico –es decir, sobredeterminado– de las relaciones sociales implica, por tanto, que éstas carecen de una literalidad última que las reduciría a momentos necesarios de una ley inmanente.” (Laclau & Mouffe, 1987: 110; subrayado en el original)

Si lo social y la política en general (y las identidades políticas construidas a partir de la hegemonía en particular) son pensados a partir del concepto de sobredeterminación, entonces los objetos del universo social y político pueden concebirse como elementos de configuraciones significativas que no poseen ni una literalidad última y ni siquiera una significación estable. Así la sociedad deja de ser un referente empírico y pasa a ser una construcción política: resultante, precisamente, de una práctica hegemónica.

La hegemonía es, para Laclau, una práctica articuladora que, a partir de la existencia de fuerzas antagónicas y de la inestabilidad de las fronteras que separan a estas fuerzas, instituye “puntos nodales” que fijan parcialmente el sentido del conjunto de los elementos que integran la construcción hegemónica. En una articulación hegemónica la identidad política se define a partir de lo que *no es* (de ahí la importancia central del antagonismo) y uno de los elementos (precisamente el que hegemoniza) *define, le da un nombre* (es el punto nodal) al conjunto de demandas (elementos) que articula. Sin embargo, la fijación de un conjunto de demandas en torno a un único sentido político (y, consecuentemente, el trazado de las fronteras políticas que aquella fijación supone) no es nunca estable. Para volver al ejemplo ya utilizado, el retorno de Perón se transformaría a finales de los sesenta y principios de los setenta en la Argentina en el objetivo político que le daría *un único nombre* al conjunto de demandas que se oponían (antagonizaban) al *establishment* político de entonces (demandas que iban desde el retorno al régimen justicialista anterior a 1955 hasta la construcción del así llamado “socialismo nacional”). Y, producida la vuelta de Perón, el nombre del viejo líder dejó de articular algunas de las demandas que antes había hegemonizado; una presentación del propio Laclau de este proceso histórico particular se encuentra en *La Razón Populista* (Laclau, 2005).

Pero entonces, a partir de esta teoría de la hegemonía, se desprenden un conjunto de conclusiones que radicalizan el pensamiento de autores como Gramsci. En primer lugar, y como ya se ha señalado al pasar, la sociedad deja de ser concebida como una totalidad fundante de sus procesos parciales. En palabras de Laclau y Mouffe:

“Toda “sociedad” constituye sus propias formas de racionalidad e inteligibilidad dividiéndose: es decir, expulsando fuera de sí todo exceso de sentido que la subvierta.” (Laclau & Mouffe, 1987: 157; comillas en el original)

En segundo lugar, la existencia de fronteras políticas no es el *supuesto* sino el *efecto* de la articulación hegemónica. La hegemonía no es posible en virtud de la existencia “grietas” o “fracturas” en la “sociedad”; por el contrario, las fronteras políticas son producidas por la práctica hegemónica misma. Por lo tanto, y en tercer lugar, ya no es necesario remitir la articulación hegemónica a un anclaje último *de clase*; el plano de constitución de los “*blocs*” (en el sentido de Sorel) o de las “voluntades colectivas” (en el sentido de Gramsci) no reposa, en última instancia, en ninguna “clase fundamental”. De esta última conclusión, pueden derivarse dos corolarios. El primero: no existe en lo social ningún punto o región que pueda ser considerada *a priori* como lugar privilegiado para funcionar como centro hegemónico. Laclau y Mouffe han indicado esto en estos términos:

“El punto importante es que toda forma de poder se construye en forma pragmática e *internamente* a lo social [...]; el poder no es nunca *fundacional*. Por tanto, el problema del poder no puede plantearse en términos de la búsqueda de *la* clase o *del* sector dominante que constituye el centro de una formación hegemónica, ya que, por definición, dicho centro nos eludirá siempre.” (Laclau & Mouffe, 1987:164; subrayado en el original).

El segundo: las identidades de los sujetos sociales y políticos no pueden ser ya concebidas como reflejo (ajustado o distorsionado) del lugar que ellos ocupan en las relaciones sociales: ya no se trata, entonces, de pensar la identidad política teniendo como referente del análisis la identidad económica. Por el contrario, es la práctica hegemónica misma la que *construye los intereses que representa*. Y pensar en estos términos tiene importantes consecuencias:

“Pero si observamos bien veremos que esto, lejos de *consolidar la separación* entre lo político y lo económico, *la elimina*, ya que la lectura en términos socialistas de las luchas económicas inmediatas articula discursivamente lo político y lo económico y, de



tal modo, disuelve la exterioridad de niveles existentes entre ambos.” (Laclau & Mouffe, 1987: 139; subrayado en el original)

### **A modo de conclusión: una nueva filosofía de la praxis**

En suma, para Ernesto Laclau las nuevas condiciones económicas, sociales y políticas generadas por el capitalismo posindustrial exigían (aún antes de la caída del Muro de Berlín) que la teoría marxista y el proyecto socialista fueran revisados críticamente. Aunque ya con anterioridad a su trabajo con Chantal Mouffe puede detectarse claramente esta orientación, es sobre todo a partir de *Hegemonía y estrategia socialista* que Laclau emprende una crítica profunda de la tradición marxista siguiendo el camino en el que ella tenía dificultades para pensar la evolución de los fenómenos histórico-políticos que le eran contemporáneos. El análisis del modo en el que el marxismo trató de integrar la contingencia al universo de la necesidad planteada por la teoría clásica y, particularmente, las diversas mutaciones que en este esfuerzo tuvo el concepto de hegemonía, convencieron a Laclau no sólo de la centralidad que este concepto debía poseer en una reformulación de la teoría marxista si no también de la necesidad de radicalizar (a partir del concepto althusseriano de sobredeterminación) sus efectos teóricos y, desde allí, extraer las conclusiones teóricas y políticas que se desprendían de aquella radicalización. Mucho se ha debatido (y se discute todavía) respecto tanto de la eficacia explicativa de sus abordajes teóricos cuanto del lugar que Laclau ocupa en relación a la tradición marxista. No entraremos a considerar la primera cuestión (que merecería otro artículo). En cuanto a la segunda, Laclau (junto a Mouffe) ha explícitamente indicado que su posmarxismo debe ser visto como una empresa intelectual que se inserta en la tradición marxista:

“Nuestra aproximación a los textos marxistas ha sido [...] un intento de rescatar su pluralidad, las numerosas secuencias discursivas –en buena medida heterogéneas y contradictorias- que constituyen su trama y su riqueza, y que son la garantía de su perduración como punto de referencia del análisis político.” (Laclau & Mouffe, 1987: 5)

En cualquier caso, y en la mejor tradición iniciada por Karl Marx y Friedrich Engels, Ernesto Laclau ha planteado, a su modo, la inescindible unidad de teoría y práctica política (lo que, según Gramsci, hacía del marxismo una “filosofía de la praxis”):

porque, y cualquiera que sea el juicio que sus análisis merezcan, está muy claro que para Laclau ésta no podía reformularse sin examinar críticamente aquélla.

**Bibliografía citada:**

- Anderson, Perry (1981): *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Barcelona, Fontamara.
- Gramsci, Antonio (1998): *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, México, Juan Pablos.
- Laclau, Ernesto & Mouffe, Chantal (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (1990): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (2005): *La Razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica

.